

CAMINANDO CON CRISTO

A path of yellow stones, some flat and some rounded, leads from the bottom of the page towards the top, curving slightly to the right. The stones are arranged in a way that suggests a journey or a path.

YOLANDA DIAZ

Caminando con Cristo

Por Yolanda Diaz

Cuando el Señor nos llamó a Su servicio tenía 26 años. El Pastor nos comentó que en el barrio Los Ceibos daban terrenos de 10x60, así que fuimos a verlos y nos gustó para un futuro. Lo que no sabíamos era que se nos iba a levantar el infierno. Vivíamos en una casa con losa, local, un patio al lado, y atrás y adelante; el sueño de toda joven.

Viviendo en LaFerrere nos llama el Pastor Daniel Elamon, para acompañar en oración y ministrar liberación a las 12 de la noche. Fuimos, fue nuestra primera experiencia y la mujer se arrastraba como una serpiente. Nosotros oramos con los ojos cerrados, y de repente la mujer se abalanzó sobre mi esposo queriendo arañar la cara. Nos gustó colaborar en ese servicio y aprendimos que nunca hay que cerrar los ojos en la oración en situaciones como esta. Sin darnos cuenta, el Señor nos invita a prepararnos para servir, teniendo que santificar nuestras vidas para que el mundo espiritual se sujete cuando le ordenamos a los espíritus inmundos que suelten el cuerpo y esa vida sea libre.

Pérdidas y Consuelo Divino

Estaba embarazada y desde los cuatro meses el Señor me despertaba en la madrugada a orar. Cuando presentaba nuestro matrimonio ante Él, me quebrantaba terriblemente. Vino familia que yo no sabía, y trajeron muchos regalos para la beba. Al otro día mi esposo se fue a trabajar, me levanté, fui a la cocina y sentí que mi panza bajaba de tal forma que me asusté. Me senté y allí el Espíritu Santo me habló, me consoló y me recordó que este era el motivo por el cual me levantaba a orar.

El Señor me confirmó que la pequeña Karen ya había partido con Él. Lloré en casa y esperé a que Osmar llegara por la tarde. Fuimos al médico y nos confirmaron lo sucedido. Podemos decir que el Señor nos consoló y nos cubrió con un manto de fortaleza. La tuve cuatro días sin vida en mi vientre; cuando pedimos verla, era muy parecida a mí. Los médicos no entendían cómo yo seguía con vida, pues podría haberme infectado, pero el Señor no lo permitió. Cuando me dieron el alta, fuimos a lo de mamá y nos quedamos una semana.

Una mañana, el demonio empezó a hablarme y a decirme que mi esposo me iba a dejar por lo que pasó, preguntándome a quién le iba a predicar del Señor ahora, y asegurando que con todo lo que me pasó nunca más testificaría de mi fe, que el Señor no tenía poder y que todo era mentira. En ese momento me levanté y dije en voz alta: «Escrito está, Satanás, no tentarás a Jehová tu Dios, solo a Él servirás». Y el diablo enmudeció y me dejó.

Luego le dije a mi esposo que iba a ir a la iglesia. En la congregación éramos dos las embarazadas, y ese día la hermana Adriana entregó a su bebé. El diablo me susurraba: «Ella está disfrutando de la bendición de Dios y vos estás con los brazos vacíos». Cerré mis ojos y alabé al Señor con todo mi corazón, diciendo: «Alma mía, alaba al Señor, el Dios de consolidación que da vida». Mi rostro se llenó de lágrimas, pero no eran de dolor, sino de la presencia del Señor, tal como siento ahora mismo mientras escribo estas líneas y lloro al recordar Su obrar. No hay dolor ni luto cuando está el Señor; ¡qué hermoso es todo Su amor!

No quedan cicatrices ni heridas, y sentimos Su paz al recordar experiencias que nos hacen fuertes en nuestra debilidad (Filipenses 3:13-14).

Cuando volví a casa, las vecinas me salieron al encuentro muy sorprendidas al verme fortalecida después de lo sucedido; me abrazaron y dijeron: «¡Qué bueno es Dios!».

Tomando Fuerzas y Nuevas Pruebas

Nos confiaron el trabajo con los jóvenes y nos sentimos muy acompañados. En ese tiempo, mis padres comenzaron a congregarse; papá estaba feliz, siendo testigo de vernos salir aprobados de la prueba.

Estaba embarazada de Franco, mi segundo hijo, a quien esperábamos con muchas ansias pero también con temor. Por entonces, la iglesia alquilaba un local para adorar a Dios; papá colaboraba constantemente con lo material y, en esa oportunidad, fue él quien pintó el templo. Las cosas cambiaron cuando llegó un anciano a la congregación, quien donó un terreno para construir un templo definitivo y prestó un salón provisorio para los cultos. Nos mudamos allí y empezamos a trabajar con entusiasmo en la edificación. Sin embargo, todo se volvió muy difícil: los propios hijos de este hombre venían a la iglesia a propósito, hacían un gran desorden, sacaban las cosas y terminaron tumbando los muros que habíamos edificado con tanto esfuerzo.

En medio de esa tensión, al terminar una reunión de jóvenes, tomé el colectivo y me encontré casualmente con una hermana a la que hacía mucho tiempo no veía. Me preguntó dónde nos congregábamos y, al contárselo, exclamó con absoluta urgencia: «Decile al pastor que salgamos urgente de ahí, porque ese hombre suele hacer lo mismo y como no hay papeles firmados de por medio, van a terminar presos por ese terreno».

Lo más doloroso fue que al principio el pastor no me creyó. Le conté todo lo sucedido, pero lejos de tomar recaudos, el pastor intentó disciplinarme a mí. Me sentí muy confundida y con el corazón adolorido al notar las grandes contradicciones del liderazgo: mientras a mí se me cuestionaba, había una joven que andaba abiertamente desordenada en pecado y, sin embargo, seguía siendo la hermana corista sin que nadie le llamara la atención. Me preguntaba en mi corazón: «¿Esto es servir a Dios?». Comprendí que era necesario salir aprobados incluso en medio de esas injusticias.

La presión se volvió insoportable, lo que llevó a mi esposo a tomar la firme decisión de marcharse. Lamentablemente, el estrés hizo que mis contracciones comenzaran antes de tiempo; cuando fuimos a hablar con el pastor para comunicarle nuestra salida, se enojó muchísimo y me lanzó duras palabras, diciéndome que corría el riesgo de que mi bebé tampoco naciera. Nos fuimos con el corazón destrozado. Tiempo después, la realidad salió a la luz y aquel pastor terminó siendo retirado del lugar en un patrullero, dándole la razón a las advertencias sobre el peligro legal y los enredos de ese terreno sin papeles.

Todo aquello nos dolió profundamente, pero entendimos que era necesario para aprender a conocer a Dios de verdad. Dios estaba fraguando nuestro carácter; por eso a veces no comprendemos las situaciones difíciles que atravesamos, pero el Señor siempre usa y pone personas en nuestros caminos para pulir nuestras vidas (San Juan 14:27, Filipenses 4:7-9).

Milagros y Anécdotas en la Obra

Estando a los seis meses de embarazo, estábamos ayunando y orando (un ejercicio espiritual necesario). Una de las hermanas no había dormido esa noche porque su hijo se manifestaba de forma extraña, y nos pidió que fuéramos a orar por él. Oré al Señor y el Espíritu Santo me habló al corazón, dándome instrucciones precisas de que no me acerque demasiado al joven

porque las hermanas lo rodeaban en oración y el demonio intentaría patearme la panza. Obedecí y, a una distancia prudente, ordené y lo sujeté sintiendo el respaldo de Dios. Las piernas del joven quedaron ceñidas a las patas de las sillas y sus brazos al respaldo. Le pregunté cómo entró; el demonio habló por la boca del joven diciendo que entró por los videojuegos y que lo iba a destruir. Oré, el joven volvió en sí, le hice una oración de reconciliación y renunció al momento en que el enemigo tomó posesión de su cuerpo. ¡La gloria es para Dios! Los ojos del joven volvieron a su normalidad; ya no estaban rojos ni fuera de sus cuencas. A partir de allí entendí que el camino del Señor hay que recorrerlo con firmeza; me agarré al ayuno y a la oración más que nunca para prepararse ante cualquier batalla.

Nacimiento de Franco y Obrar en el Hospital Sardá

Mientras tuve obra social me atendí con normalidad, pero al llegar al sexto mes no pude seguir cubriéndome allí y fui al Hospital Sardá. Me internaron cuatro días para hacerme estudios; en el hospital conmigo estaban dos mamás de ocho meses que, desde que se embarazaron, habían quedado internadas en cama. Allí las aseaban, comían y hacían sus necesidades. Ellas, muy cansadas, querían tener a sus bebés; una estaba embarazada de mellizos y la otra de gemelos. A ambas les presenté al Señor como su Salvador y Sanador —ya que tomaban medicación para retener el embarazo, les hice la confesión de fe y la reconciliación, y oré por ellas—. Dejaron de tomar los fármacos y se confiaron plenamente en el Señor.

El día sábado nacieron los bebés de la mamá de los mellizos, y ella dio gloria a Dios. Los médicos le preguntaron de qué religión era, y ella respondió que era cristiana, comentando que en la sala había una creyente que había orado por ella. A la otra mamá le nacieron gemelos hermosos (una nena y un varón). Vino una enfermera a pedirme que me quede en mi cama, y luego mandaron a una psicóloga que me preguntó el porqué estaba allí; anotó todo y puso en su planilla con cruz: EVANGÉLICA. Cuando se iba a ir, le dije: «Contame tu problema y te doy la salida». Se sentó y me comentó que ese día tenía que pagar el alquiler del departamento y no tenía con qué. Le presenté al Señor como su salvador, aceptó a Cristo, lloró y le dije que Él era fiel y que debía congregarse. Para sorpresa mía, al otro día me llamó al teléfono del hospital para decirme que Dios la había escuchado justo a tiempo para evitar el desalojo, ya que sus compañeras del trabajo se enteraron entre todas y le juntaron el dinero.

El Señor también se ocupó de mí. Tenía el alta para el lunes, pero le rogué al Señor que permitiera que el bebé naciera antes, pues no quería volver a casa con la panza. Ese domingo comí más de lo habitual, salí a caminar por el pasillo y sentí un apuro por llegar a mi cama.

Apenas llegué, levanté las piernas y rompí bolsa. Me llevaron de urgencia a la sala de operaciones porque todavía estaba fresca la cicatriz de mi operación anterior. Perdí el conocimiento; al despertar miré el reloj y eran las seis de la mañana, pero me tuvieron así hasta las 11. Vinieron a buscarme y una señora camillera muy atrevida comenzó a faltarme el respeto; empecé a clamar la sangre de Cristo porque sabía que esa actitud venía para robar la paz de las almas. No podía moverme de la cintura a los pies debido a que se habían pasado con la anestesia.

Estuve tres días y tres noches en cama, sin almohada y sin poder levantarme. Cuando por fin pude caminar, fui a conocerlo y esa noche me quedé en la nursery con el bebé. En la madrugada, un espíritu de muerte visitó la sala de los recién nacidos; sentí la opresión, oré y reprendí. Pasé la noche velando a Fran, pero por la mañana amaneció un bebé fallecido. Fue una experiencia muy fea, pero salimos en victoria del Hospital Sardá. Mi esposo Osmar había ganado para Cristo a un compañero de trabajo llamado Enrique, oriundo de Las Padrinas (un

pueblo cerca de Buenos Aires), quien fue un gran compañero en la fe y nos ayudaba frecuentemente trayendo cajas de leche y pañales.

Empezando a conocer las cosas ocultas

Me cuesta hablar de esto porque se trata de mi suegro, quien hoy descansa en la presencia del Señor. En aquellos años, nuestra casa se llenó de garrapatas muy pequeñas que llegaron a salir incluso por la canilla del agua. Recuerdo que levanté una remera blanca de la sogá y tenía una garrapata; agarré la plancha caliente al máximo, se la puse encima y en vez de morir se multiplicaron: se hizo una aureola grande y se movían. Me dio mucha impresión y tiré la remera afuera. Cuando llegó Osmar le mostré y ya no tenía nada, hasta que empezó a ver bichos en el agua. Nos fuimos a casa de mamá y él volvía a desinfectar la casa, pero después de una semana la situación fue peor.

Decidimos volver y al otro día amaneció un gato chiquito totalmente negro en la ventana de nuestra casa; el animal estaba seco. Oramos y lo sacamos a la calle. Un jueves limpié toda la casa, dejamos a la gata afuera en la terraza y nos fuimos a la iglesia. Cuando volvimos, la gata estaba adentro (menos mal que nos apartamos a tiempo) porque nos saltó enloquecida antes de irse. Al entrar a la pieza donde dormía Osmar, encontramos pelo de la gata desparramado a lo largo y una campera impermeable peinada de forma extraña. Pensamos quién pudo haber hecho eso y cómo entró.

Al día siguiente las garrapatas seguían impregnando todo. Le comentamos al pastor y vino con su esposa a ungir toda la casa. La hermana limpiaba y a los pocos minutos parecía que nunca la había tocado, hasta que se dieron cuenta de que las garrapatas aparecían en el pantalón y la pollera de la hermana. El pastor reprendió todo trabajo de magia negra; fue eficaz y yo deseaba tener esa autoridad espiritual.

El Despertar y la Mudanza al Km 34 (González Catán)

Después de todo lo que habíamos pasado, comencé a sentir un sueño muy pesado; me acostaba y dormía como si nunca descansara, cayendo en un letargo terrible mientras el bebé lloraba de hambre. A pesar de ello, me levantaba e iba a la iglesia cueste lo que cueste. Entre tanto, una hermana llamada Marta, que se congregaba en otra parte, notó algo extraño: al volver yo de los cultos, un Ford Falcon blanco paraba en nuestra puerta, alguien bajaba y se iba. Un día, se vino hasta el quiosco de enfrente para observar qué pasaba y se quedó como una hora vigilando cómo ingresaban por la puerta de atrás de la casa.

Una mañana, estaba calentando leche para Fran con muchos deseos de seguir durmiendo, cuando alguien golpeó la puerta con fuerza: era la hermana Marta. Había mandado a su hija a preguntar si la iba a atender, y el Señor le había hablado diciéndole que fuera ya mismo porque yo no la atendería después. Cuando fui a abrir, apenas cerraba la puerta, volvió a golpear; no me dio tiempo a nada, pasó y me recorrió un escalofrío. Me dijo: «Vamos a orar, los ángeles se pasean en esta casa. Vengo a decirle que su suegro los está trabajando espiritualmente». Le contesté que él iba a curanderos, pero ella me corrigió con firmeza: «No, hermana, él es brujo y usted está primera en su lista». En ese preciso momento sentí que cayeron cadenas de mí, se fue el sueño por completo y el Señor me sacó de ese estado somnoliento. Cuando regresó mi esposo del trabajo le comenté lo sucedido, pero prefirió no hacer comentarios. El Señor ablandó mi corazón, haciéndome entender que yo era la persona indicada para esto, que para ello me había llamado y preparado en los años de juventud. Oré, sentí la fortaleza de Dios y

comencé a ayunar.

Tiempo después, nos encontramos con mi suegro y él mismo comenzó a manifestarse, profiriendo palabras ofensivas y diciendo que servía a Satanás. Me levanté y le dije con autoridad que el Señor pelea por nosotros y que la sangre de Cristo nos cubre. Nos fuimos de allí entendiendo exactamente quiénes éramos y a quién servimos.

Al poco tiempo fuimos a cortar el pelo al pastor, y allí estaba el profeta Herrera, quien comenzó a mostrar lo que Dios tenía preparado para nuestras vidas. A mi esposo le dijo: «Cuando corrías por los pasillos de las villas con drogas, yo desvié las balas de la policía porque tengo un propósito contigo». Y me dijo: «Yo te guardé de un trabajo de muerte en la comida antes de que te cases por iglesia». Tal cual nos habló, así fue. El profeta le indicó al pastor que nos enseñara lo que había recibido de él, porque lo íbamos a necesitar para la obra que Dios tenía preparada.

El pastor empezó a hacer reuniones en casa de una familia y nos invitó; así comenzó la obra en el km 34, Los Ceibos, González Catán, una experiencia extraordinaria de la mano del Señor. El hermano Mario nos ofreció un terreno para nosotros y otro para el hermano Enrique; pusimos un ranchito de chapa entre ambos. Para mí estaba lejos ir para allá, pero el Señor me arrinconó y entendí que era Él mismo enviándonos a la obra. Dejamos la casa con losa y el local para vivir una aventura de fe. Nos cortaron la luz tres días antes de irnos y no teníamos para el flete; el hermano que se había comprometido tuvo un inconveniente con su camioneta, pero el Señor preparó a un vecino llamado Ferrufino, quien le dijo a Osmar que estuviera listo a las siete de la mañana. Él nos hizo la mudanza un 9 de mayo.

Llegamos al rancho de chapa y luego llegó mi suegro; pudimos acomodar todo lo mejor posible. Era otoño y un sol resplandeciente alumbraba, pero a las tres de la mañana nos despertamos y el único lugar seco de la cama era donde nosotros estábamos: ¡llovió toda una semana! Dormíamos sentados esos días, el colchón se empapaba pero igual se secaba, y así empezamos. Mi suegro quiso infundir miedo diciendo que conocía el lugar como la palma de su mano y que un indio brujo vivía entre los árboles cerca del riachuelo, donde había un aljibe. Y era verdad, el aljibe estaba allí, pero no tuve miedo. Fue un gran desafío para pedir sabiduría a Dios, atar al hombre fuerte del lugar y debilitarlo en ayuno y oración.

Crecimiento de la Obra y Oposición

Puse por obra lo aprendido: agarré al bebé, un pañal, una mamadera y tratados, y fui a sembrar la palabra en cada casa, invitando a los vecinos al culto en cuatro manzanas a la redonda. Esa primera noche no vino nadie, así que cada día de culto era un ayuno para que el Señor limpie el barrio. Empezamos a hacer la escuelita bíblica los sábados; comenzamos con pocos chicos y llegamos a tener ciento cuarenta pibes con muchas necesidades económicas, afectivas y espirituales, además de un fuerte trasfondo de ocultismo.

Con las damas no perdonamos el tiempo; los jueves nos juntábamos a orar e invitamos a las vecinas. El Señor me enseñaba a observar y luego me mostraba en sueños la condición de ellas para llevarlas en oración y que el Señor las libertara. Conocí a una vecina que tenía cuatro hijos y muchos hermanitos; uno de ellos creció y hoy, en su juventud, sirve a Dios y persevera.

En todo este tiempo hacíamos reuniones en casa del matrimonio Aquino; vivía con ellos la hermana Marta (mamá del hermano Mario y suegra de la hermana Mari). Resalto esto porque abrieron las puertas de su casa para que se predique el evangelio de Jesucristo. ¡La gloria y la honra sean para Él! (San Juan 17:8-9).

Tropiezos y Cuidaspiritual

Con Mario, Mari, Anabella y Yésica aprendimos a conocernos, y con la sabiduría de la hermana Marta (como hermana mayor) nos acompañaron en los comienzos, orando y ayunando. Hemos aprendido a ministrar liberación a personas ocultistas que se suspendían en los aires y venían a probar fuerzas queriendo debilitarnos y hacernos desistir. Aprendimos a resistirlos con el Señor y hacernos más fuertes. Todavía vemos a algunos de ellos devastados u otros en el error diciendo ser de Cristo pero con olor a azufre; velamos por ellos, que el Señor tenga misericordia y se arrepientan, porque el infierno les espera (Hechos 3:18-19).

Por primera vez comparto esto: cuántas personas dentro de las iglesias parecen ser cristianas y no lo son. Vienen a los ayunos, colaboran siempre para pasar desapercibidos, pero a Dios no lo engañan. Son afables, fieles e insistentes; si los dejas, vuelven hasta profetas y te profetizan queriendo hacerte creer que Dios te está hablando. Pero los guiados por el Señor no somos confundidos por el error. Prenden velas a los demonios y dicen creer en Dios, es tiempo de entrar en ayuno para que sean confundidos, debilitados, y el Señor los anule y se vayan. Estos son los que causan divisiones (los profetas viejos) (1 Reyes 13:17-27).

Anécdotas con los Niños y Pruebas Superadas

Franco cumplió su primer añito y el Señor nos bendijo con todo lo necesario para la fiesta. Invitamos a todos los chicos del barrio y a sus mamás con el fin de predicarles e invitarlas al culto. Durante el embarazo de Gonza pasamos apuros económicos y comencé a atenderme a los seis meses de gestación. Hicimos la primera campaña en el 34, Los Ceibos; los pastores estaban en una casa rodante en la cancha, y un joven poseído sacudió la estructura. Los hermanos lo agarraron para orar, él se reía y el demonio comenzó a hablar por su boca diciéndome: «¡Yoli, Yoli, ese hijo no va a nacer, te lo voy a matar antes de que nazca!». Las hermanas decían que no creyera y clamé la sangre de Cristo. Fue el embarazo en el que más serví a Cristo: los sábados las maestras de la escuelita bíblica se organizaban, mi esposo Osmar hacía las legendarias tortas fritas por montón para la leche, y llegamos a tener 140 chicos. El trabajo fue fascinante.

Había un nene llamado Pedro que, en pleno invierno y en medio de la escarcha, siempre andaba en pantalón corto, remera y descalzo. Su casita era una pieza de chapa; era un nene muy callado. El hermano Enrique me trajo una campera, un pantalón de cordero, un buzo y unos borcegos, y me acordé de Pedro. El sábado dejé la ropa en casa, busqué a los chicos y, al llegar a la iglesia, le dije a Pedro que pasara por casa porque había algo para él. La ropa le quedó de diez; me abrazó y me dijo gracias con una sonrisa. Fue la primera vez que habló y sonrió. Cuando llegamos a la escuelita justo cantaban el coro «Por la sombra de Pedro»; los chicos lo vieron bien vestido, lo abrazaron y uno le dijo: «¡Qué linda ropa!», a lo que Pedro respondió: «Jesús me la dio». Quiera Dios que Pedro nunca se olvide del Señor adonde quiera que esté.

La Inundación y la Fidelidad de Dios

Una fría llegada de la hermana Marta nos alertó: se desbordaba el riachuelo y el agua comenzaba a entrar rápido en las casas. Fuimos a auxiliar a las hermanas que todavía dormían, sacamos a los niños, cruzamos los bolsos y llegamos a la iglesia, donde compartimos un mate cocido caliente con tortas fritas. Osmar llevó a las hermanas y a los chicos en el coche (un Renault 12) como a las dos de la tarde.

Como en ese entonces no había teléfonos celulares, se hizo tarde y noche y Osmar no volvía. Mi cuñado vino a buscarnos para llevarnos a lo de papá; el agua me llegaba a la cintura. Laura se fue con los chicos y yo volví a casa. A media cuadra vi la luz de una linterna en nuestro hogar; oré a Dios pidiendo que mande a Sus ángeles. Al acercarme vi a dos hombres armados (el marido y el cuñado de una de las hermanas). Empecé a calmarme, pedí misericordia, me mostré firme sabiendo en quién he creído y les comenté que sus familias estaban a salvo con mis padres. Me dijeron: «Lo menos que podemos hacer por usted es llevarla a casa para que nada le pase». Mi respuesta fue certera: «Estoy bien, esta casa es mía». Insistieron en ayudarme y les contesté: «Ustedes no lo ven, pero aquí hay ángeles con espadas desenvainadas, son como gigantes que nos pueden aplastar; sus armas no sirven con ellos». Comencé a clamar la sangre de Cristo y les conté mi testimonio: sabía lo que eran las drogas, cómo mi hermano era delincuente y cómo el Señor lo sanó de sida. En ese instante llegó mi esposo; se había quedado varado porque el agua había entrado al motor en González Catán, hasta que lo socorrieron unos vecinos. Los invitamos a comer e hicimos que repitieran la oración de fe. Querían dejarnos un arma para cuidarnos, pero Osmar replicó: «No hace falta, Dios cuida de nosotros». Nunca más los volvimos a ver, y ellos perdieron todo en la inundación. Osmar trajo a los chicos con la ayuda de un vecino que usaba la puerta de un freezer de carnicero como balsa para visitar a los hermanos de la zona. Agradecí al Señor que Osmar levantó bien alto la casilla para la gloria de Dios; fue una de las pocas casas a las que no les entró el agua (Romanos 8:35).

Sanidades y Pruebas de Fe

Empecé a sufrir infecciones en los riñones. Una madrugada salía al hospital muy dolorida y Gonza, que tenía apenas dos añitos y apenas andaba, se despertó y me dijo que quería orar por mí, repitiendo: «Vete, sal». Me fui al hospital y no me dolió más; en la ecografía no me encontraron nada, cesó la fiebre y las infecciones se detuvieron por un tiempo.

Pasado el tiempo me diagnosticaron un fibroma y los médicos programaron la cirugía. Esa tarde llegaron el pastor y su esposa a orar por mí; la hermana me dijo que estaba en medio de dos decisiones: o me operaban los médicos o dejaba que me opere el Señor. Quería experimentar la sanidad divina, así que comencé a ayunar y orar. La hermana Juana me llamaba por teléfono para ministrarme. Llegué a estar con hemorragias severas por días, debiendo estar en cama y atendiendo a los chicos (parecía embarazada de seis meses). Una noche fui al culto y me quedé en lo de papá; hice un ayuno para estar descongestionada de las obras de la carne. Esa noche el Señor me sorprendió en un sueño: un doctor de guardapolvo y cabellos blancos me dijo: «Tranquila, en un rato vas a estar bien, no vas a tener más hemorragias ni dolores». Desperté y mi hermana Laura estaba tomándome de la mano diciendo: «Todo salió bien». Se habían detenido las hemorragias y los dolores por completo. Un mes después me hice una ecografía para dar testimonio; el médico miró los estudios y replicó: «Aquí pudieron pasar dos cosas: o usted nunca tuvo fibroma, o su Dios la sanó». ¡Me felicitó! Cuento esto porque tal vez tú, hermana, estés pasando por algo similar; es porque el Señor está probando tu fe, esperando que hables con Él para prepararte (Romanos 5:3-4).

El Programa Radial y Años de Servicio

En medio de estas luchas nació el programa radial en Radio Canaán Celestial, titulado «Mujeres de la Última Hora». Fue un despertar para mi vida, contando con el permiso del Señor y el apoyo incondicional de mi esposo. Cuando conocí a la hermana Clara de Sánchez, me profetizó que el Señor me había llevado allí para bendecir el servicio que comenzaba a realizar. En uno de esos programas llegó la doctora Bremer para auspiciarlo; durante dos años no me preocupé por pagar porque ella lo cubría.

Hacíamos un esfuerzo enorme para llegar; recuerdo días de lluvia terrible donde envolvíamos a los chicos en bolsas de nylon para caminar ocho cuadras y tomar el colectivo, llevando calzado y ropa seca para cambiarnos al llegar. He aprendido cuán importante es darle lo mejor a Dios; hay que ser esforzados y valientes, porque de esa forma el servicio tiene el aroma de Cristo. Luego de un tiempo pasamos por varias emisoras como La Predicadora, Radio Hosana (junto a la hermana Susana), Radio Poder Pentecostal (con Marcos Ayala y su esposa), Radio Torre Fuerte, y un paso temporal por una emisora secular cuya dueña era Isabel (quien adoraba al gauchito Gil y a la muerte). Teníamos la certeza de que Dios nos mandó allí para dar énfasis en el engaño de la idolatría; los programas se ponían muy hermosos hasta que la radio de Isabel se incendió tras rechazar levantar nuestro programa. Entramos también a ministrar a la penitenciaría 43 de González Catán con el mensaje de salvación. Nuestro programa principal junto a mi esposo se llamó «Lámparas es a mis pies tu palabra».

Nuevas Etapas y Cierre del Ciclo Ministerial

Trabajamos durante dieciséis años como encargados de obra. El hermano Osmar unió en matrimonio a hermanos que arreglaron sus vidas, presentó bebés recién nacidos y bautizó a muchos creyentes. Aunque muchos decían que debíamos tener títulos o reconocimientos, nosotros hacíamos la obra del Señor con alegría.

Con el tiempo, el barrio Monte Tartaglia se abrió ante nosotros. Oramos por ese lugar durante dos años sin saber lo que pasaría, hasta que el director del barrio (Jesús Estrada y su esposa Marta Aguirre) nos recibió en su oficina y nos dio el permiso para sembrar la palabra y levantar un lugar para la iglesia. Comenzamos a trabajar con las hermanas Elvi y Silvana un miércoles de agosto de 2001. Sembrábamos desde el fondo del barrio; de repente salían mujeres llorando a las que les presentábamos a Cristo, abriéndonos las puertas de los hogares para hacer reuniones de damas.

A pesar de las luchas, deserciones por celos ministeriales, personas que buscaban títulos y aquellos que se apartaban por andar en el error, mantuvimos la fe. Hemos visto la mano poderosa de Dios levantando a familias enteras, restaurando matrimonios y guiando a nuestros hijos a pesar de las pruebas.

Hoy, a mis años y transitando complicaciones de salud como la diabetes, miro hacia atrás y comprendo que cada desierto, cada lágrima y cada victoria valieron la pena. Los hombres pueden ignorarnos o ponernos cargas pesadas, pero el Señor no nos mide por lo que tenemos o dejamos de tener, sino por nuestra fidelidad a Él. ¡A Dios sea la gloria por siempre!

Cierre de este libro

Este libro nose escribió con el propósito de exaltar ningún nombre ni de buscar vanagloria, sino para contar las grandes maravillas y misericordias que Dios ha hecho en mi vida a lo largo de este caminar.

Es verdad que pasé luchas, pruebas y dificultades, pero el Señor siempre estuvo ahí. Así como Dios estuvo con su pueblo Israel en la orilla del mar, cuando el faraón los perseguía de cerca con sus caballos y sus carros de guerra; aunque el enemigo se levantaba con furia, Dios estuvo allí.

Si nosotros tomamos la decisión de seguir al Señor, el enemigo ciertamente se levantará, pero Dios también abrirá caminos en medio de las aguas para cumplir su propósito en nosotros, siempre y cuando nos dejemos guiar por Él y permitamos que sea Su voluntad la que se cumpla. Porque Su Palabra nos recuerda que nuestros pensamientos no son Sus pensamientos, ni nuestros caminos son Sus caminos.

Si Él te ha traído hasta aquí, no temas a las aguas que se dividen ni al desierto que se atraviesa: Su gracia te sostendrá hasta el final.